

Vigilia Pascual. Ciclo B.

“¿Buscáis a Jesús el Nazareno?. No está aquí. ¡Ha resucitado!”

Cristo vive para siempre. Esta es la gran noticia de esta noche: la luz ha disipado las tinieblas; todo es nuevo; todo vuelve a empezar de verdad; todo es posible.

Esta es una noche de alegría desbordante, la noche más importante del año litúrgico, una noche en la que los creyentes en Cristo, celebramos su resurrección, su ascenso del lugar de los muertos a la vida nueva. Por eso *la liturgia de esta noche está llena de signos que contribuyen a expresar con toda su riqueza la gran solemnidad que celebramos*, al mismo tiempo que nos ayuda a adentrarnos personalmente en este gran misterio de nuestra salvación: **la resurrección del Señor Jesús, el paso de las tinieblas a la luz, el paso de la muerte a la vida.**

Esta noche hemos vuelto a inaugurar el fuego que iluminó los albores de la existencia. Hemos encendido de este fuego nuevo el CIRIO PASCUAL, que nos ha puesto en camino, como pueblo de Dios iluminados por Cristo. De esta luz hemos ido encendiendo las velas que han iluminado nuestros rostros, expresando así que hoy, en este anochecer, cada uno de nosotros renace a la vida nueva. Nacemos de nuevo. CON CRISTO HEMOS SIDO SEPULTADOS, PERO CON CRISTO (MEDIANTE ELL AGUA Y EL ESPÍRITU) HEMOS VUELTO A LA VIDA.

Pascua es la gran fiesta cristiana, es como celebrar nuestro cumpleaños o el fin de la carrera o el triunfo deseado. La Pascua es la experiencia que más identifica a los cristianos. Somos los que creemos en la vida, los que esperamos más vida, los que adoramos al Dios del amor y de la vida. Sabemos que la tumba temblorosa y fría se convirtió en un rosal, primavera incontenible. Sabemos que las losas sepulcrales pueden ser removidas. Sabemos que la muerte no es nada, o es mucho, sí, un PASO liberador. Donde esperábamos encontrar un cadáver encontramos una hoguera viva.

Pascua significa luz poderosa que puede curar todas nuestras cegueras. Significa que el Día venció a la noche, que el Lucero de la mañana no se apaga. Significa que todos queremos, podemos ser luz, porque la llama resucitada puede encender nuestro espíritu.

Pascua significa que todos los deseos humanos pueden ser saciados con el agua de Jesucristo, la que ofreció a la samaritana, el agua que sacia nuestra sed definitivamente y salta hasta la vida eterna. Pascua es saciar nuestro deseo de Dios, para que descanse nuestro corazón inquieto.

Pascua significa un amor victorioso que salva de la muerte. Significa que el amigo no abandona al amigo, ni siquiera en los momentos angustiosos de la muerte. No hay nada que temer. Todos nuestros miedos se polarizan y concentran en el miedo a la muerte.

El hombre de la Pascua sabe que el amor de Dios, manifestado en Jesucristo, es más fuerte que todo, y que nada, ni siquiera la muerte, puede separarle de él. En la vida no manda la muerte sino el amor. Las llaves de la vida las tiene Cristo, no la muerte. Y las llaves de la muerte las tiene Cristo, no el infierno. Y las llaves del infierno las tiene Cristo, no Satanás.

Pascua es libertad y alegría. Libre es la persona que ama y ya no teme. Todos nuestros apegos y ataduras han sido quemados en la hoguera del Espíritu de Jesucristo. Y alegría grande, porque el Espíritu de Jesucristo es el gozo de Dios. La Pascua es obra del Espíritu.

Pascua es santidad, la vida nueva de Jesucristo resucitado, la vida del Espíritu Santo. Nuestro pecado quedó en la cruz, quedó en el sepulcro. Hemos sido lavados con el agua y la sangre del Costado de Cristo. El hombre pascual no es terreno ni materialista, no es “carnal”, aspira a los bienes de arriba, los bienes a la vez elevados e íntimos, los que verdaderamente humanizan.

Pascua es esperanza y compromiso. La Pascua no sólo mira al pasado. La Pascua no ha terminado, ni termina. Cristo sigue resucitando. Por eso celebramos la Pascua cada año, cada

domingo, en la Eucaristía. Y la celebramos en nuestro corazón cada vez que curamos alguna herida de muerte, cada vez que renovamos nuestra vida. Cada día podemos resucitar un poco más en nosotros. Cada día podemos hacer crecer la resurrección en el mundo.

“No temáis; Él os precede a Galilea”. Cristo va delante nuestro; Cristo abre la marcha por los caminos del mundo. No tengamos miedo: él camina con nosotros, pondrá en nuestros labios y en nuestras manos palabras y gestos eficaces para extender el Reino de Dios allí donde estemos: en casa, en el trabajo, en el pueblo, en la enseñanza, la amistad, el campo....

*Hoy, con Él, todo vuelve a nacer.
Hoy, con Él, todos hemos vencido.
Corramos al mundo y digámoslo:
Cristo ha resucitado y nosotros somos testigos.*

Avelino José Belenguer Calvé.
Delegado Episcopal de Liturgia.